



Estas son las líneas de Torres-Vedras, que estaban fortificadas con más de ciento cincuenta baterías artilladas con seiscientos cañones.

Comenzó las operaciones el mariscal Ney (21 de Julio) haciendo su reconocimiento sobre el pequeño fuerte de la Concepcion que ocupaba el general inglés Crawford, jefe de la vanguardia. Desamparólo éste volándolo, y se replegó á la márgen derecha del Coa, donde por defender á Almeida, sin orden ni conocimiento de Wellington presentó la batalla. Ganósele el francés, muy superior en número; y gracias á que la caballería no quiso concurrir sin mandato de Massena, y á la resistencia que permitió oponer el puente, los cuatro mil quinientos hombres de vanguardia se salvaron de una completa derrota.

Almeida, desamparada por ella, fué pronto sitiada. Es una de las primeras plazas fuertes de Portugal, pues, aunque su fortificación alcanza grande antigüedad, hallábase reparada y ampliada con baluartes, rebellines, fosos y caminos cubiertos de construcción moderna. Su asiento en la meseta de una empinada montaña, á la que sirve de barrera ó foso el Coa, favorecía extraordinariamente la defensa. Tenía de guarnición cuatro mil hombres al mando del coronel inglés Cox, á quien debia de estimular á una vigorosa resistencia el ejemplo que acababa de darle Ciudad-Rodrigo. Para ello no le faltó el tiempo, pues hasta el 15 de Agosto no abrieron los sitiadores la trinchera, y hasta el 26 no rompieron sus baterías el fuego. A pesar de todo, habiendo principiado á arder algunas casas y volábase por la noche con gran estruendo y destrozo tres almacenes de municiones del castillo, situado en medio de la ciudad, se rindió por capitulación á la mañana siguiente con los honores de la guerra. Poco acostumbrados los franceses á tan fáciles conquistas en España, admiráronse más al entrar en la plaza y ver más de cien piezas de artillería en el recinto con una inmensa provision de víveres en los almacenes.

Atribuyóse tan pronta rendición de los ingleses á la violencia de un motin acaudillado por el teniente de rey Bernardo de Costa, pidiendo la entrega. Grave fué sin duda el he-

cho, y por él más adelante perdió la vida; pero no se le probó la connivencia con el enemigo ni con sus partidarios, sospecha que por otra parte en cierto modo rechaza la circunstancia de haberse unido más de mil doscientos milicianos portugueses á los enemigos de su patria. Sorprendió este suceso á Massena tanto como á Wellington, haciendo sospechar á éste alguna traición. La causa fué el descontento del pueblo, que, midiendo las dominaciones extranjeras por las tropelías y el daño que le causaban en personas y haciendas, habia llegado á aborrecer á los ingleses lo mismo ó más que á los franceses.

Alarmada la regencia portuguesa con tan siniestros indicios, dió un decreto que declaraba traidores á cuantos siguiesen el bando francés principiando por señalar á los marqueses de Loulé y de Alorna, al conde de Ega y otros personajes que habian, á imitación de los españoles, abandonado al pueblo en su santa insurrección. También decretó destierros y persecuciones de varios géneros, quizá con sobrada ligereza, prestándose inadvertidamente á ser instrumento de particulares venganzas.

Si Wellington se hubiese contagiado de la temerosa inquietud que causaron en su ejército estos desgraciados principios de la campaña; si, con ménos firmeza en sus convicciones y ménos resolución, hubiera seguido entonces las instrucciones particulares de su gobierno, donde se le decia «que S. M. B. veria con gusto la retirada de su ejército más bien que el que corriese el menor riesgo por cualquiera dilación en su embarco;» si no hubiese estado animada su alma por una noble ambición de gloria, el Portugal habria sucumbido esta vez como en la expedición de Junot, y la situación de España habria sido crítica en extremo.

Pero el vencedor de Roliza, sereno en medio de los fatales augurios y presintiendo nuevas glorias, no se replegó más atrás de la cordillera que tenia á sus espaldas, estableciendo su cuartel en Gorbea y extendiendo su ejército desde las cercanías de Almeida por Celorico á Guarda y Castellobranco. Demasiado dilatada esta línea, hubiera Massena cortado y destruido algun trozo, si escaso de conocimientos del ter-



reno, no se hubiese visto precisado á entregarse en cierto modo á la voluntad de los portugueses que le acompañaban. Estos le aconsejaron que tomase la ruta de Viseo para dirigirse á Coimbra, que es una de las peores del reino, y el 22, reconcentradas las divisiones francesas, ocupaban ya aquel pueblo. Los ingleses, reconcentrados también, retrocedieron en la apariencia; pero no hicieron más que descender por la izquierda del Mondego para pasarlo por Pena-Cova, Olivares y otros puntos inmediatos, é ir á interceptar el camino de Coimbra, situándose en la áspera cordillera que forma la vertiente derecha de dicho río: la brigada portuguesa de Pack en Criz, la de Crawford de Mortagao, las de Picton y Cole entre la sierra de Busaco y aquel pueblo, y en un llano del frente la caballería, avanzando la división de Spencer á Meallada para observar si Massena se dirigia á Oporto.

Este, que no pensaba sino en cumplir las órdenes de Napoleon, marchando directa é incesantemente contra los insulares, tardó poco en presentarse á la vista de Wellington, quien, noticioso de su dirección, habia tomado posiciones de batalla en la sierra de Busaco. Empeñada y sangrienta fué la acción que allí se trabó al amanecer del 27: el cuerpo de Reynier logró en el primer ímpetu llegar á la altura que defendia Picton; pero fué luego desalojado y arrojado con gran mortandad por la pendiente: á Ney, que se enderezó contra un convento célebre de Carmelitas descalzos ocupado por Wellington, lo dejó Crawford acercarse á tiro de pistola, rompiendo entonces fuego tan vivo y certero, y cargándole despues á la bayoneta de frente y por los costados con irresistible empuje. Precipitáronse todos desordenadamente por la bajada, y aunque se hicieron fuertes los franceses en un pueblecito que habia al pié, también los desalojaron de él sus perseguidores. Todo fué obra de poco tiempo. Pasándose el resto del dia en tiroteos sin consecuencia. Sin embargo, la mortandad fué grande de parte de los franceses: perdieron cuatro mil hombres, entre ellos dos generales, Graindorge muerto y Simon prisionero, habiendo quedado heridos Foy y Merle. Los ingleses

no perdieron más que mil trescientos por las ventajas de su posición.

Mas, á pesar de la victoria, Wellington por inadvertencia tuvo que repasar presurosamente el Mondego porque Massena, dejando á su frente algunas tropas que lo divirtiesen, se corrió por su derecha á tomar el camino de Oporto á Coimbra con intento de coger á su contrario por la espalda. Cuando los aliados lo advirtieron, ya no habia tiempo sino para retirarse, y así lo hicieron repasando Hill el río por Espinhal, camino de Thomar, mientras Wellington, con el grueso del ejército, tomó la vuelta de Coimbra. Lo precipitado de la retirada dió lugar á muchos excesos de la soldadesca en esta ciudad, que aumentó la llegada de los franceses.

En vano para contenerlos en su marcha el coronel Trant, que habia quedado á retaguardia sobre el Vouga con milicia portuguesa cayó de sorpresa sobre la guarnición que en ella dejara Massena y se apoderó de toda ella, aunque superior en número (cinco mil hombres), víveres y municiones. El general francés, sin hacer de ello caso alguno ni detenerse por las grandes lluvias que cayeron, aguijado del afán de reparar la rota de Busaco avanzó camino de Leiria y llegó á tiempo de sorprender y causar algun daño en Alcoentre y Alenquer (9 y 10 de Octubre) á los aliados, antes de que se guareciesen en sus líneas de Torres-Vedras.

Asombrado Massena á su vista de la fortaleza que presentaban, no habiendo tenido de ellas noticia alguna hasta pocos dias antes, ocupó algunos dias en examinarlas, y por último se decidió en consejo de generales no atacarlas hasta recibir los refuerzos que se pedirían á Napoleon, limitándose entretanto á bloquear á sus contrarios. Puso á Reynier en Villafranca de Xira, orillas del Tajo; á Junot hácia Sobral, al pié de la cordillera; el cuartel general en Alenquer, y Ney á su retaguardia en Otta.

Correspondia esta situación á la que tenían los ingleses sobre las líneas: Hill estaba á la derecha en Alhambra sobre el Tajo, Picton en Torres-Vedras, y Wellington y Beresford en el centro. Los claros que entre ellos quedaban



hallábanse á fines de Octubre cubiertos con refuerzos que les llegaron de Inglaterra y de España. De ésta principalmente, olvidando noblemente el retraimiento de los ingleses desde la batalla de Talavera y el reciente abandono de Ciudad-Rodrigo, acudió el marqués de la Romana con ocho mil hombres á las mismas líneas, y la columna de D. Carlos España también pasó la frontera para proteger la villa de Abrantes, fortificada por los aliados. Para seguridad mayor del gran suceso que se preparaba, Wellington y la regencia llamaron sobre el enemigo á toda la gente armada del reino, de suerte que en breve se vieron los franceses metidos en un saco de difícil salida: á su derecha tenían el mar, estando la costa ocupada por tropas que se apoyaban en los pueblos de Peniche y Obidos, fortificados; á la izquierda corría el caudaloso Tajo; por la espalda cerraban las milicias de las provincias del Norte, dándose á mano con la de la Beira baja y la columna de España; y por el frente tenían tan formidables líneas, adonde acantonaban la milicia cívica de Lisboa y la de la provincia de Extremadura. Llegó en este solo punto la fuerza de los aliados á ciento treinta mil hombres, sin contar la de la tercera línea, custodiada por la marina inglesa.

En tan crítica situación Massena no sabía qué hacer: acometer las líneas con tan poca gente era imposible; permanecer á pié firme esperando los refuerzos era más imposible todavía, porque las fuerzas móviles enemigas se le aproximaban más cada día, y sobre todo por la escasez de vituallas, que le amenazaba con una falta absoluta en breves días; y en contra la retirada se sublevaba su orgullo de guerrero jamás vencido. Empero resonando en su pecho las reconvenções de Napoleón si dejaba que el hambre ó una muerte lenta y vergonzosa consumiese su ejército, levantó cautelosamente su campo en la noche del 14 al 15 de Noviembre para ir en busca de ménos arriesgada posición en tanto que llegaban los refuerzos pedidos.

España, al par que ayudaba generosamente á los ingleses en Portugal, sostenía dentro de su territorio embravecida lucha, tanto por su

propio interés como porque de los ejércitos franceses en ella establecidos no pudiesen ir socorros á Massena. No se ignoraba que, vencidos los aliados, todas las fuerzas de éste vendrían sobre nuestras provincias.

La que por su situación más contribuyó á este objeto fué la de Extremadura. Allí, como en casi todas, hacíase la guerra sin plan, obrando por lo comun aisladamente los jefes subalternos, y á la verdad con más fortuna que cuando se movían al impulso de algun jefe superior. La Romana salió el 5 de Agosto de Badajoz para marchar en busca de los franceses con las tropas de Mendizabal, que se encontraban en Salvatierra. Huyeron aquéllos al pronto; pero volvieron luego sobre él y lo atacaron el 11 en las posiciones que tomó en Cantagalillo. Sin la impetuosidad de la Carrera, que dió oportunamente una brillante carga, el general en jefe hubiera contado otra derrota en su hoja de servicios.

Habiéndosele incorporado en seguida Butron con más caballería y una columna portuguesa al mando de Madden, volvieron los nuestros en busca del enemigo, que no les esperó á pié quieto. Salió á su encuentro y los atacó el 15 de Setiembre en Fuente de Cantos. Pelearon bizarramente Carrera y Butron; pero la superioridad del enemigo les hubiera sido funesta si un oportuno socorro de Madden no contuviese á los franceses y los arrollase. Así prosiguió la guerra con mayor motivo en pequeñas refriegas, despues de la partida de la Romana á las líneas de Torres-Vedras, entreteniéndose el cuerpo de Mortier, que sin eso, hubiera podido acudir en socorro de Massena, ó, á lo ménos, metiéndose en el Alem-Tejo, impedirlos grandes refuerzos y auxilios que de aquella parte envió la regencia portuguesa á Wellington.

En ambas Castillas la campaña se redujo al incesante lidiar de las guerrillas, cada día más animosas y crecidas. En la Mancha, al lado de los ya conocidos Francisquete, Mir y Jimenez, aparecieron los apellidos *Chateco* y *Chambergo*, D. Franciscó Abad y D. Manuel Pastrana. En la provincia de Toledo reemplazó á los malogrados Jimenez y Bustamante, un médico de Villaluenga, D. Juan Palarea, que adquirió



luego nombrada. En la de Cuenca el osado Martínez de San Martín, supo vengar el saqueo y las atrocidades que en las personas y los templos de la capital cometieron en Junio los franceses.

Pero quien más siguió distinguiéndose en Castilla la Nueva fué el Empecinado, que por lo comun operaba desde la provincia de Guadalajara. Activo cual ninguno, llevaba su audacia hasta un punto increíble. Extendía sus escaramuzas á todas las provincias limítrofes, y en particular la de Madrid, teniendo en muchas ocasiones como bloqueada la córte del intruso. Llegaba muy comunmente hasta sus puertas, y el 13 de Julio se atrevió á meterse en la Casa de Campo, posesion real al otro lado del Manzanares, adonde solía ir José con frecuencia. Cuál sería su actividad, cuando el mismo embajador de Napoleón cerca de su hermano escribía á aquél por entonces que «nadie podía sin grave riesgo alejarse de las tapias de Madrid.»

Fué preciso que el orgullo imperial se humillase y que un general altivo, el fogoso Hugo, descendiese á perseguir con tres mil hombres aquellas que llamaban «miserables cuadrillas de bandidos.» Diligente el francés, logró al principio algunas ventajas; mas, no pudiendo sufrir tanta fatiga, quiso sujetar el país por medio de fuertes destacamentos y fortificó con este objeto á Brihuega y Sigüenza. Sirvióle de poco, pues el Empecinado, desplegando mayor actividad y osadía, acometió á su contrario por todas partes, sin dejarle un momento de reposo y llenándole de confusión. En el mismo Sigüenza, en Cifuentes, en Mirabueno, en Cantarillas de Fuentes trabó reñidas refriegas, casi siempre ventajosas, y ora aparecía á la vista de Madrid, ora por su flanco derecho en la provincia de Búrgos, ora á retaguardia en la de Soria, multiplicándose así prodigiosamente sus mil quinientos infantes y seiscientos caballos.

Ya desesperando Hugo de aniquilar á su terrible contendiente por medio de las armas, apeló el 7 de Diciembre á los halagos, prometiéndole ventajas y honores si tomaba partido por José, ó cesaba al ménos de hostilizarle. In-

dignado el español, le contestó destempladamente ofreciéndole guerra más cruda.

Si no con igual actividad, los otros partidarios de Castilla la Vieja tampoco dejaron descalsar á las columnas destinadas á su persecución. Las fatigaron y aturdieron, además de los ya mencionados D. Julian Sanchez, el Capuchino, Cuevillas, el cura Merino por Segovia; por Avila, Gomez; por las orillas del Duero Aguilar y el intrépido Príncipe con su partida de caballería, apellidada de Borbon. En Julio juntaron varios sus partidas en Almazan, provincia de Soria, con el fin de atraer al gobernador de esta ciudad, el coronel Baste; acudió, y lo rechazaron despues de siete horas de fuego.

Pero pidió suspensión de armas, y cuando los nuestros estaban en virtud de ella más descuidados, cometió la felonía de atacar de improviso la villa. Pudo así tomarla, aunque á mucha costa. Desquitóse el general Rognet en un encuentro que tuvo el 6 de Setiembre en Yanguas con las mismas partidas y las de la Rioja. Pero á su vez Amor el 18 de Noviembre se arrojó sobre uno de los arrabales de Santo Domingo de la Calzada, causándole grave daño, en tanto que por la parte de Salamanca D. Julian Sanchez, caía también de sorpresa el mismo día sobre la villa de Fuente Saucó.

La actividad de Galicia no correspondió á la energía del alzamiento. El ejército de Mahy, establecido en los puertos de Manzanal y Fuentebadon, se limitó á hacer algunas excursiones hasta las orillas del Orbigo y el Esla, ocupando pasajeramente dos veces á Leon. Fueron causa de esta flojedad, primero las alteraciones hechas por la Romana en la organizacion de las juntas y los disgustos de sus tropelías; despues la debilidad de las autoridades principales, ocupadas siempre en idear y discutir planes que rara vez se ensayaban siquiera; y por último, la falta de actividad, decision y osadía que caracterizaba á Mahy.

Algo más animada la lucha en Asturias, carecía del concierto y la unidad que hubieran podido hacer provechosos tantos esfuerzos aislados. La regencia tuvo la inadvertencia de



nombrar para el mando supremo de los cuerpos que allí había á D. Ulises Albergotti, anciano incapacitado por sus años y su carácter para combatir á franceses. Acometiéronle el 5 de Julio en Navia, y tan descuidado le hallaron que, sin oponer resistencia, corrió sin parar hasta Meira, en Galicia. Nombraron entonces á Mahy, para sucederle creyendo que con la reunion en unas mismas manos del mando militar de las dos provincias, se daría á sus operaciones la unidad que se echaba de ménos. El nuevo general ideó, en efecto, un plan, al que hizo concurrir mil quinientos hombres del ejército estacionado en el Vierzo; pero lo que produjo resultados positivos por esta parte no fueron sino las expediciones del intrépido Portier por la costa. En la primera salió de Rivedeo escoltado por cinco fragatas inglesas, tomó tierra en Santoña y sus inmediaciones, hizo considerable número de prisioneros, destruyó baterías, y volvió á la Coruña el 22 de Julio reforzado con gente del país dominado por el enemigo. En la segunda desembarcó entre Rivadesella y Llanes, marchó como el rayo á la frontera de Santander y deshizo varios destacamentos esparciendo la alarma y la confusion entre los franceses á grande distancia.

Auxilióle mucho en las montañas de Santander Campillo, uno de los partidarios más queridos del país, porque sin dar tregua en la persecucion de los franceses, le economizaba cuanto podia las vejaciones consiguientes al estado de guerra.

Tambien en las Provincias Vascongadas, á pesar de estar más vigiladas del enemigo por ser el tránsito para Francia, se presentaron y cobraron fama, en Alava D. Francisco Langa al frente de quinientos hombres; en Guipúzcoa el pastor Jáuregui, y en la misma Vizcaya don Juan Aróstegui, á la cabeza de sus tímidos *bo-camarteros*.

Pero de entre esta numerosa falanje de improvisados guerreros quien más sobresalía ya era el jóven Mina, pareciendo destinado este apellido á ser la implacable pesadilla de los ejércitos franceses. Prisionero su sobrino Javier, habíale aclamado por jefe los restos de su partida, reconociendo la superioridad de

genio que habia demostrado hasta entonces en varias expediciones. Francisco Espoz y Mina era natural del pequeño pueblo de Idocin, situado en el valle de Ibargoiti, á tres leguas y media de Pamplona, en el camino de Sangüesa. Sus padres, honrados labradores, cuya fortuna consistía en una de las once casas que componian la aldea y algunas tierras, habíale dedicado á la labranza; y probablemente no hubiera soltado nunca la esteva sin la incógnita invasion de los franceses. Tenia entonces veintisiete años. Mozo de hidalgos sentimientos, alma ardorosa y corazon intrépido, corrió á las armas como toda la briosa juventud de aquella edad, tomando partido en el batallon del coronel inglés Deyle, y despues acompañó á su sobrino asistiéndole con su consejo tanto ó más que con su brazo. Sirviéronle de provechosa lección estos principios, pues conoció que sin cierta disciplina era imposible alcanzar grandes resultados en la guerra y tener el apoyo de los pueblos. Así su primer acto, apénas tomó la investidura de jefe de guerrilla, fué prender en Estella y fusilar con tres de sus cómplices al cabecilla Echevarría, uno de los que, con la falsa máscara de patriotas, aprovechaban las circunstancias para cometer saqueos y venganzas personales. En este hecho, si se considera la época en que fué ejecutado, en el primer periodo de la formacion de su partida, cuando todos por lo comun toleraban excesos, se halla ya el temple y la nobleza de su alma.

Dió comienzo en Abril á sus operaciones con sorpresas, ora contra un destacamento, ora contra un convoy; y tan asombrosa actividad desplegó, tanto multiplicó sus hazañas y difundió su nombre, que al poco tiempo tuvo la honra, él solo en toda España, de que saliesen en su persecucion treinta mil hombres. Fué entonces forzoso desparramar su gente, distribuyéndola en las provincias limítrofes de Aragon y Castilla para continuar en ellas la guerra. Herido en un choque, tuvo la osadía de ir á curarse á su país, donde tanto le perseguian, y apénas se hubo restablecido, volvió á juntarse á su partida, fuerte ya de tres mil hombres. A su frente, recorrió los campos, entró pueblos, sorprendió á unos, persiguió á otros,



fué una especie de fantasma que se aparecía en todas partes á los franceses. Al concluir la campaña de 1810 la regencia le habia nombrado ya coronel y comandante general de las guerrillas del país, y los mismos enemigos le llamaban «el rey de Navarra.»

En Cataluña, la pérdida de Lérida y Mequinenza habia cambiado en gran manera la situacion de nuestro ejército, aumentando sus cuidados. Empero si el congreso reunido en Manresa llegó tarde para salvar á Gerona, no se desconoció la conveniencia de la idea para auxiliar las operaciones militares con su poder y su prestigio en el pueblo, y el 17 de Julio se congregó otro en Tarragona. Pudo éste plantear cierto alistamiento militar acomodándolo á las costumbres del país, que repugna todo servicio forzado; cobró los impuestos con bastante regularidad; aplicó á las necesidades de la guerra ciertos derechos eclesiásticos que en otros tiempos iban á Roma; y en circunstancias tan poco favorables al crédito pudo contratar un empréstito de medio millon de duros.

Odonnell por su parte puso tambien su principal estudio en mejorar la instruccion y la disciplina de sus tropas, limitando por entonces su plan de campaña á una guerra semejante á la que hacian las guerrillas, esto es, dividir sus fuerzas en pequeñas columnas para que estuviesen en continuo movimiento inquietando las guarniciones, persiguiendo los convoyes, atacando los destacamentos, etc. En su virtud el ejército del principado, que se componía á la sazón de veintidos mil hombres, fué distribuido en esta forma: la 1.<sup>a</sup> division quedó establecida á la vista de Barcelona por la línea del Llobregat, apoyándose en la montaña de Monserrat fortificada al efecto; la 2.<sup>a</sup> se situó en Falset á la mira del general francés de Aragon, que intentaba caer sobre Tortosa, teniendo además avanzado en el Coll de Alba un trozo de la reserva; el otro mantúvose en Borjas Blancas y Arbeca para evitar cualquiera excursion de la guarnicion de Lérida; la 3.<sup>a</sup> fué destinada á los Pirineos, hácia Esterri, á fin de prevenir alguna expedición que pudiera venir de Francia por el valle de Aran; y por la parte de Olot un cuerpo de tropas ligeras observaba los

movimientos del enemigo por la carretera y sus inmediaciones: el cuartel general se colocó en Tarragona dispuesto Odonell á acudir en auxilio de cualquiera de las fuerzas que formaban un simicirculo trazado sobre su posicion. De esta manera y excitando las excursiones de los guerrilleros esperaba conservar cuando ménos la mitad occidental del territorio é imposibilitar los progresos del enemigo.

Macdonal, en un principio, se dió por contento de poder abastecer á Barcelona, para lo cual tenia que ir él mismo con casi todo su ejército escoltando los convoyes, siendo, aun así, acometido y hostilizado en todo el tránsito. En Junio, Julio y Agosto no hizo otra cosa. Despues se esforzó por concurrir al sitio de Tortosa, que habia emprendido con firme resolucion el general de Aragon, Suchet.

Las miras de este hábil general eran extensas. Redondeados sus dominios con la posesion de algunos fuertes del alto Aragon, la de Lérida, Mequinenza y Morella, proponíase adquirir la plaza de Tortosa, tanto por hacer suyo exclusivamente el curso del Ebro y abrir una fácil entrada á los convoyes marítimos, como por establecer una línea de comunicacion con el ejército de Cataluña y extender despues con más seguridad las expediciones al reino de Valencia. Para esto reunió en Mequinenza las provisiones de boca y guerra que juzgó necesarias, y en tanto que se restablecia un antiguo camino de rueda que por aquellas orillas conducía hasta la costa, porque la corriente del Ebro no es siempre practicable, fué avanzando sus fuerzas. De Alcañiz salió la division Laval, fuerte de ocho mil infantes y mil caballos, camino de Valencia para torcer en seguida sobre el Ebro y situarse en la márgen derecha frente al puente de Tortosa, dilatándose hasta Amposta (3 de Julio); de Lérida partió la de Habert, que constaba de unos cuatro mil á establecerse en Garcia, por estar en disposicion de acudir al campo de Tarragona, si era preciso, ó caer por Tienenys sobre Tortosa; Suchet, con la brigada del general Paris se adelantó á Mora, y echó dos puentes sobre el rio para comunicarse con ambas fuerzas. Así la plaza amenazada como las tropas es-